

yace Haider; á la derecha la madre de Tippu, y el mismo Tippu á la izquierda.»

Durante su estancia en Maisur, Macaulay celebró una entrevista con el rajah depuesto, cuyo aspecto exterior, conversación, palacio, muebles, joyas, soldados, elefantes, cortesanos é ídolos, pinta en una carta, destinada á leerse en familia, con una minuciosidad que autorizaría á mirarle como un Richardson anglo-indio. En la noche del 24 de Junio volvió á ponerse en marcha; y hacia el medio día siguiente empezó á subir los Nilguiris en medio de un paisaje que, para los lectores que no hubiesen visto nunca los Pirineos ó las laderas italianas de un paso alpino, comparaba á «la vegetación del bosque de Windsor ó de Blenheim tapizando los montes de Cumberland». Después de llegar á lo alto de la meseta, atravesó un yermo donde en diez y ocho millas seguidas no vió nada que se acercase más á lo humano que un mono, hasta que, al volver un recodo del camino, tuvo la grata sorpresa de descubrir un anfiteatro de verdes colinas, ciñendo un laguito cuyas márgenes estaban sembradas de *cottages* de rojos tejados en torno de una linda iglesia gótica. El sitio todo ofrecía «el aspecto de un pueblo de baños de Inglaterra. La casa mayor está ocupada por el gobernador general. Es un vasto y hermoso edificio de piedra. A él me condujeron, introduciéndome enseguida en presencia de su excelencia. Le encontré sentado á la lumbre en una biblioteca alfombrada. Me recibió con la mayor bondad, cordialidad y franqueza. Hasta donde puedo juzgar aún, es todo lo que me habían dicho, á saber: la rectitud, la sinceridad y la afabilidad personificada». Muchos meses de estrecha amistad y comunes trabajos no hicieron más que confirmar á Macaulay en esta primera opinión acerca de

lord Guillermo Bentinck. Su estima de aquel alma de singular nobleza sobrevive en la última frase del estudio sobre lord Clive, y está escrita al pie de la estatua que, dando frente á la casa consistorial, puede verse desde todas partes sobre la gran extensión de hierba que sirve de parque, de campo de maniobras y de campo de carreras de Calcuta.

*A Tomás Flower Ellis.*

Utacamund, 1.º de Julio de 1834.

Querido Ellis: No necesita usted coger el mapa para ver dónde esta Utacamund, porque no es sitio que ande por los mapas. Es un nuevo descubrimiento; un lugar á que acuden los europeos en busca de salud, ó como dice la servidumbre de la Compañía—¡bendita sea su cultura!—un *sanatorio*. Se halla situado á 7.000 pies de altura sobre el mar.

Mientras Londres es unas parrillas, yo estoy aquí, á 13º de latitud Norte, ante la llama de una chimenea, con las ventanas cerradas. Mi cama tiene un montón de mantas, y mis servidores negros andan tosiendo por todos lados. Un desdichado, sobre todo, parece tan aterido que, si no sale el sol, me temo que voy á ver pronto bajo mi techo el espectáculo que, según Shakespeare, es tan interesante para los ingleses (1): un indio muerto.

Hice las cuatrocientas millas que hay de aquí á Madrás á hombros de hombres. En general, fué un viaje agradable. Tuve el honor de ver al rajah de

(1) *La Tempestad*, acto II, escena 2.ª

Maisur, que se empeñó en enseñarme todo su guardaropa y su galería de pintura. Tiene seis ó siete estampas inglesas no muy inferiores á las que he visto en la sala enarenada de una posada rural: *En busca de alberque*, *La Muerte del zorro*, etc. Pero la joya de la galería, de que está tan orgulloso como el gran duque puede estarlo de la *Venus* ó lord Carlisle de las *Tres Marias*, es una cabeza del duque Wellington, que con toda seguridad ha estado en alguna muestra de Inglaterra.

Pero, después de todo, el rajah distaba mucho de ser el mayor badulaque que he encontrado en Maisur. Paré en una casa de campo perteneciente á la residencia británica. Allí vi un inglés que, sin ningún preámbulo, me saludó con estas palabras: «Usted dispense, Mr. Macaulay. ¿No cree usted que Bonaparte era la Bestia del Apocalipsis?»—«No, señor, no puedo decir que lo crea.»—«Pues sí, señor, era la Bestia, y puedo probarlo. Yo he encontrado el número 666 en su nombre. Porque, señor, si no era él la Bestia, ¿quién lo era?»—Era una pregunta intrincada, y yo estoy no poco orgulloso de mi contestación.—«Señor, dije, la Bestia era la Cámara de los Comunes. Hay 658 miembros en la Cámara, que, con los tres secretarios, «el sargento de armas» y su suplente, el capellán, el portero y el bibliotecario, hacen 666.»—«Bien. Es extraño. Pero yo puedo asegurar á usted que, si escribe Napoleón Bonaparte en arábigo, suprimiendo dos letras, tendrá usted 666.»—«¿Y qué derecho tiene usted, y perdone, para suprimir dos letras? Y puesto que San Juan escribía griego y á griegos, ¿no es de suponer que usase la notación griega en vez de la arábica?»—«Pero, señor (replicó este docto teólogo), todo el mundo sabe que las letras griegas no se usaron

nunca para indicar números.» Yo respondí con la mirada y la voz más dulce que pude: «No creo que sepa eso todo el mundo. Tengo motivos para creer que toda la exigua minoría de los que saben griego profesa una opinión diferente, aunque errónea sin duda.» Así terminó la controversia. El hombre me miraba como si tuviese delante un réprobo, y pensaba de seguro que, si se escribe mi nombre en talmud, suprimiendo la T de Tomás, la B de Babington y la M de Macaulay, se tendrá el número de esa desdichada Bestia.

Aquí estoy muy á gusto. El gobernador general es el hombre más bueno y campechano del mundo. Los funcionarios principales que le acompañan son gente lista, aunque no están precisamente al nivel de la sociedad con que yo me rozaba en Londres, en punto á cultura general. Creo, sin embargo, que, aun en Madrás, hubiese podido formar un círculo de relaciones muy agradable; y estoy seguro de que en Calcuta encontraré cosa mejor. Después de todo, la regla más útil en todas las cosas del mundo, como en Londres mismo, es ser independiente del espíritu de los demás. En mi viaje puse á buena prueba la facultad que tengo de distraerme sin compañía. Leí insaciablemente: la *Iliada* y la *Odisea*, Virgilio, Horacio; los *Comentarios*, de César; el *De argumentis*, de Bacon, Dante, Petrarca, Ariosto, Tasso; *Don Quijote*; la *Roma*, de Gibbon; la *India*, de Mill; los setenta volúmenes enteros de Voltaire; la *Historia de Francia*, de Sismondi, y los siete abultados folios de la *Biografía Británica*. Me encontré bastante bien de griego y latín. La *Iliada* me gustó algo menos, y la *Odisea* mucho más que primitivamente. Horacio me cautivó más que nunca; Virgilio no tanto como solía. La falta de carácter humano y la pobreza de su artificio sobrenatural me llama-

ron poderosamente la atención. ¿Puede darse cosa más mala que la espesura viviente y parlante ó las arpias que manchan la comida de Eneas? Eso es tan extravagante como Ariosto y tan torpe como la *Epigoniada*, de Wilkie. Los últimos seis libros que Virgilio no corrigió completamente me agradan más que los seis primeros. Me gusta más en terreno italiano: me gustan más sus cosas locales, su entusiasmo nacional, las frecuentes alusiones á su país, á su historia, á sus antigüedades, á su grandeza. En esto me recuerda á menudo á Sir Walter Scott, con quien tenía bien poca afinidad de carácter general de su espíritu. Las *Geórgicas* me agradaron más, y las *Églogas* más que nada—sobre todo la segunda y la décima.—Pero creo que los versos más hermosos en lengua latina son aquellos cinco que empiezan:

*Sepibus in nostris parvan te roscida mala...* (1)

No puedo decir á usted lo que me impresionaron. Me holgué de ver que Voltaire declara en ese pasaje lo mejor de Virgilio.

La *Jerusalén* me gustó más de lo que solía. Me extasié con Ariosto; y respecto de Dante pienso aún, como cuando le leía por primera vez, que es un poeta superior á Milton, que está á la misma altura que Homero, y que nadie ha ido más allá que él, excepto Shakespeare.

En cuanto llegue á Calcuta pienso volver á leer á Heródoto. Entre paréntesis: ¿por qué no le traduce usted? Lo haría usted excelentemente; y una traducción de Heródoto, bien hecha, figuraría en el mismo

(1) *Égloga VIII, 37.*

rango que las composiciones originales. Con un cuarto de hora al día, la obra estaría acabada en cinco años. Las notas pueden ser lo más ameno del mundo. Desearía que lo pensase usted. De todas suertes, yo deseo que usted haga algo que interese á alguien más que á siete ú ocho personas. Su talento de usted es demasiado grande, y su tiempo demasiado corto, para consumirse en investigaciones tan frívolas (así debo llamarlas) como las emprendidas por usted últimamente: si los cheroquis son de la misma raza que los chickasaws; si la Tierra de Van Diemen recibió sus pobladores de Nueva Holanda ó al revés, ¿cuál es la manera exacta de nombrar un jefe en una aldea de Timbuctú. Yo no daría la peor página de Clarendon ó de Fra Paolo por todo lo que se ha escrito y lo que se escriba acerca de las emigraciones de los léleges y las leyes de los oscos.

Ya he inaugurado mis funciones públicas, y espero hacer algo bueno. Hasta las pelucas de los jueces del Tribunal del Banco del Rey se erizarían si supiesen qué capitulo tan pequeño formará mi legislación sobre testigos. No me faltan consejeros. Un indigena de Madrás, de alguna fortuna, me ha escrito sobre legislación. «Vuestra señoría debe saber (dice ese juicioso comunicante) que el gran mal de este país es que los hombres juran en falso. Ningún juez sabe qué creer. Si vuestra señoría puede hacer que los hombres juren lealmente, la fama de vuestra señoría será grande de seguro, y la Compañía florecerá. Ahora bien: yo sé cómo puede conseguirse que los hombres juren lealmente; y voy á decirlo á vuestra señoría por vuestra fama y por el bien de la Compañía. Corte vuestra señoría el dedo grande del pie derecho á todo hombre que jure en falso, y con eso se extenderá la fama de

vuestra señoría.» ¿No es un ejemplar exquisito de sabiduría legislativa?

Tengo que hacer punto. Cuando empiezo á escribir para Inglaterra, corre mi pluma como si nunca hubiese de detenerse.

Siempre suyo afectísimo,

T. B. M.

*A Francisca y Selina Macaulay.*

Utacamund, 10 de Agosto de 1834.

Mis queridas hermanas: El mes pasado envié una extensa descripción de mi viaje y de este sitio á Margarita, como la persona de la familia de residencia más segura, rogándole que os diese á leer á todos lo que la había escrito. Creo que seguiré adoptando el mismo procedimiento. Es mejor escribir un relato integro y enlazado que muchos retazos incompletos.

Los asuntos de dinero marchan en grande, según todas las apariencias. Mis gastos serán menores de lo que calculé, y, si vivo, me haré rico pronto. Me regocijo á la idea de aparecer como un hombre aprovechado, como un ricachón, como un mozo de cuenta que sabe agenciárselas. No es este un arte en que han brillado mucho los Macaulays; pero yo puedo aseguraros que, después de las próximas Navidades, espero ahorrar por término medio unas siete mil libras anuales mientras esté en la India.

Por Navidad mandaré á casa mil ó mil doscientas libras para mi padre y para todos vosotros. No puedo deciros qué consuelo es para mí saber que podré hacer eso. Es lo que me reconcilia con todas las penas

del destierro—bastante agudas á veces, Dios lo sabe.—Dentro de pocos años—probablemente en menos de cinco, á partir de la fecha en que leeréis esta carta—volveremos á estar juntos en una casa cómoda, aunque modesta; teniendo asegurados un buen fuego, un buen plato de carne y un buen vaso de vino; sin deber favores á nadie, y perfectamente indiferentes, por lo que afecta á nuestro interés pecuniario, á las vicisitudes de la política. Estad seguras, queridas niñas, de que no hay peligro de que mi corazón se enfrie para con vosotras. Vine principalmente por salvar á mi familia, y no es fácil que aquí la olvide.

Siempre vuestro,

T. B. M.

Macaulay pasó los meses de Julio y Agosto en los Nilguiris, en un clima comparable al de Madera y fortificante como el de Braemar, donde llenan los valles y visten las cumbres bosques de rododendros, y donde embalsaman el ambiente el aroma de rosales, más apropiados por su tamaño para un huerto de frutales que para un cuadro de flores, y el perfume de espesuras de heliotropos gigantescos. Los esplendores de los bosques y los jardines le impresionaban, á pesar de su profunda ignorancia botánica, y más de una vez se detiene á hablar con complacencia de su «Cottage sepultado entre citisos, ó cosa parecida, y geránios que crecen al aire libre». Tenía tanta más holgura para recrearse en las bellezas naturales del sitio cuanto que no había mucho más que interesara ni aun á un viajero recién llegado de Inglaterra.

«Hasta aquí he visto poco de la idolatría de la India; y eso poco, aunque excesivamente absurdo, no peca